



Adolfo Couve: "El Tren de Cuerda"

Por IGNACIO VALENTE

Adolfo Couve es uno de los más extraños y originales narradores de nuestra literatura, de hoy y siempre. En su último libro, una *nouvelle* titulada *El tren de cuerda*, seguida de un cuento — que tampoco es cuento, sino otra novela en miniatura — llamado *El parque* (Ediciones de la Galería Epoca), circulan personajes verosímiles, pero que a pesar de su posible realismo guardan siempre una enigmática excentricidad, movidos por pasiones que no son infrecuentes en la condición humana, pero que en ellos alcanzan una originalidad extraña, un peso enigmático, un no sé qué de indescifrable, un carácter de auténticas creaciones del espíritu, metamorfoseadas por la perspectiva de ese niño triste que parece ser siempre el autor, a pesar de sus maduras cualidades narrativas. Este punto de vista, el de la infancia perdida y recreada, se hace valer literariamente como un enfoque de la más estricta objetividad, del realismo más parco y desnudo, libre de digresiones y sueños, buscando y consiguiendo una neutralidad asombrosa. Un almirante en retiro, una mujer sin hijos ávida de maternidad, un niño que es casi objeto pasivo de sus correos de familia en familia, una viuda alegre y algo aloca, y un agricultor convencional, son los personajes de aspecto vulgar a través de los cuales se desarrolla una vida profunda que es mucho más misteriosa que ellos mismos, como si el relato tuviera un doble fondo de apariencia engañosa. Detrás de lo que ocurre, por banal que parezca, hay siempre algo más, y en esa plusvalía enigmática parece estar el centro de gravedad de estos cuentos largos, verdaderas novelas reducidas a su mínima expresión.

Ningún escritor, en nuestra literatura, es más ajeno a modas, corrientes, tendencias, que Adolfo Couve. Dentro del panorama nacional se yergue soberanamente solo, solitario, sin influencias visibles, sin dejos de lecturas, como si lo extrañara todo —caracteres, lenguaje, anécdotas— de su propia soledad excentrica, de su particularísima experiencia de la vida, de su pasado, de sus

enseñanzas. No se parece a nadie. Tampoco es que practique un culto consciente por la originalidad. Simplemente escribe de otra manera, se diría que intemporal, utópica y ucrónica —sin tiempo ni espacio—: de hecho, sus relatos no están situados en ningún lugar ni época, y tampoco parece estarlo su estilo.

Se pregunta uno, frente a sus lecturas, dónde va a buscar sus caracteres un escritor, y es natural que la mayoría combine su propia experiencia vital con sus lecturas preferidas. Estos caracteres de Adolfo Couve yo no sé de dónde salen. No son gentes reales, en el sentido vulgar o estadístico del término. Y, sin embargo, alcanzan plena realidad en el relato: se tienen en pie como personajes, son coherentes dentro de su realidad de ficción. Tampoco recuerdan otros personajes literarios, reminiscencias de creaciones ajenas. Son siempre seres algo excentricos, con respecto a los demás y con respecto a sí mismos. Sólo existen en la mirada que los contempla y recrea: una mirada compasiva por la condición humana, tolerante, respetuosa, sin llegar a ser tierna ni menos patética. Son seres motivados por una perspectiva que podríamos llamar la tristeza de vivir, una suave melancolía, una conciencia difusa, pero efectiva de que todo destino es frustrado, de que los gestos humanos son inútiles, de que los hombres no van a ninguna parte. Pero no se piense en ninguna proclama nihilista: lo impide la serenidad olímpica de esta prosa, la neutralidad de esta conciencia, que sólo se parece —por decir algo— a la mirada de un niño triste, sin esperanzas.

Aunque las razones por las que un autor escribe no importan demasiado —son un asunto personal suyo—, esta pregunta suele definir hasta cierto punto el tipo de lenguaje de una obra. El caso de Adolfo Couve me parece claro: es un escritor que cuenta por contar, un narrador pero. No se trata de esa cosa preciosista y ambigua que se ha llamado arte por el arte, sino de algo mucho más simple: aquí hay relato y sólo relato, no pretensiones de decir al mundo una cierta verdad, no

manías de denahogar una interioridad compulsiva, sólo el relato por sí mismo. Lo demás se le da al autor por añadidura.

Sorprende en Couve, en su personal estilo, la parca objetividad de su visión. Se entiende que, a propósito, siguen hayas mencionado a Flaubert. También se podrían hacer referencias, aunque sumamente matizadas, al objetivismo de ciertas nuevas tendencias narrativas. En esta prosa hay escasamente alguna digresión psicológica, más bien convencional; también hay poco diálogo. El autor no se detiene nunca en la interioridad, y menos en la suya propia: rehúye sistemáticamente todo subjetivismo; deja que, en todo caso, la intimidad aflore en los acontecimientos, al hilo de las descripciones externas, lo bastante para que los caracteres aparezcan completamente definidos, aun dentro de su enigma esencial. La narración no está cuntada desde ningún punto de vista; ningún personaje hace de mirador privilegiado de la realidad; aunque tampoco se trate del narrador saboteado del antiguo modo de novelar. Simplemente parecería que no hay punto de vista.

En cambio, cosa curiosa, donde más aflora la subjetividad del autor es en la descripción de los ambientes exteriores: un parque, una casa, un paisaje, un objeto. Son descripciones a veces morosas, pero siempre llenas de alma. La intimidad que el autor niega a sus personajes la compensa con esa intensa carga subjetiva que impregna a las cosas, los objetos, sobre todo a la naturaleza.

Adolfo Couve ha perfeccionado su prosa, ha afinado su estilo, ha definido su extraña e intemporal personalidad narrativa. Se nos va convirtiendo ya en un escritor cabal, en una voz singular y propia, en un autor insustituible dentro del panorama de la narrativa chilena actual. El pintor que un día dejó sus pinceles por la tarca, quizá más ardua, de la literatura va triunfando en su intento de construir, con el único y delgado instrumento de la palabra, un mundo propio, original, sustantivo, que se levanta con la sola y poderosa realidad del verbo.

Ediciones Epoca, Santiago, 2-1-1947, P. III.

Adolfo Couve, "El tren de cuerda" [artículo] Ignacio Valente.

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1977

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Adolfo Couve, "El tren de cuerda" [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile